

CUENTO N° 97

TÍTULO: DÍA GRIS

SEUDÓNIMO: EL ESPAÑOL

AUTOR: LUIS ANDRÉS HÜBNER GUZMÁN

DIA GRIS

SEUDONIMO: EL ESPAÑOL

Que día el de hoy, gris. Sí, pareciera que muchas veces hemos oído decir, día gris, incluso lo hemos leído en las descripciones de tantos libros, pero no como este, que realmente era un día gris, un gris oscuro, con nubes tan bajas que parecía que estuvieran riéndose de nosotros, onduladas en lo alto, pero ahí, bajitas en el cielo, regordetas, como almohadones, o como toboganes que casi rozaban el aire que se respiraba esa mañana, húmedo y desde luego frío. No hay mañana gris que no sea fría.

Esas nubes anunciaban lo mismo que los meteorólogos del tiempo en las noticias de la mañana. Que frescura pensé, si esos agoreros podían mirar hacia arriba y decir con propiedad lo mismo que cualquier hijo de vecino haría: llovería, tarde o temprano, llovería.

Anunciaban el agua para esa tarde, sin perjuicio de decir que caerían gotitas en el día. Que facilidad para pronosticar, si así se podía entender, que nos llegaría agua. A la sazón, pleno mes de junio, pasado la mitad del mes de junio y no había caído casi nada de agüita. Era esperable, pero no tan gris, no tan oscuro, o ¿siempre había sido así en el mes de junio? Medité. No, enfáticamente no. Esta ocasión era diferente, era día jueves, día de San Salomón y no debía estar oscuro, era de día y el día estaba gris, gris oscuro, y frío.

Me acerque nuevamente a la ventana, atisbe a lo lejos, desde ese vigésimo cuarto piso, y me quedé anonadado, solo observando, viendo los techos de los edificios aparcados allí, sin moverse, cosa rara, jamás lo harían, pero igual, estaban allí, sin moverse, lo que no puede extrañar, no obstante que, a veces, esos enormes edificios eran remecidos por la naturaleza sabia de esta tierra, que acostumbraba hacer temblar sus cimientos y aterrorizar a sus habitantes no con poca frecuencia, lo que hacía tiritar la ciudad enterita y llorar a muchos, sacando gritos de espanto. Digo naturaleza sabia de esta tierra, ya que cuando ha de llover, llueve y hay que coincidir

SEUDONIMO: EL ESPAÑOL

en que necesitamos el agua, cuando ha de alumbrar el sol, lo hace y hay que ver que necesitamos de ese calor, y cuando ha de hacer frío, hay que ver que necesitamos helar nuestras venas.

Se veía la cúpula de la Catedral, símbolo de un catolicismo agónico, esperando ser abrazada también por la lluvia, como esperaba ser abrazada por más feligreses que a esa hora seguramente caminaban en un ir y venir por el frente de esa misma Catedral, completamente despreocupados del Dios que estaba allí adentro, esperando que más de alguien lo visitara, con ese día gris, gris oscuro, total, adentro también estaría gris, pero acompasado por algunas lucecitas que dejaban un ambiente similar, pero algo más que una penumbra, alumbrada por el día gris y esas lucecitas que permitían caminar y observar algún santo representado en el cemento por algún artista que a nadie jamás le importaría.

He pasado y he entrado en esa Catedral, y, a la izquierda, hay una nave con la imagen de la Virgen del Carmen, bien vestida, con sus trajes típicos de Virgen del Carmen, cuyas figuras son todas iguales para distinguirla. Bien, eso está bien; la misma que hace unos años algún demente intentó destruir, pero ya está allí, una vez más y para siempre, por los siglos de los siglos.

Pero, yo les estaba comentando lo de aquella mañana gris, y me desvié con la descripción que la vista disponía hacia la Catedral, existiendo también otros murallones de diversos colores, amarillos, verdes, hasta rosados, pero, en su gran mayoría también grises, lo que dejaba ver el contraste notable con los pocos edificios de colores que te llamaban la atención, con sus techos horribles de lata, con caños de salidas de aire, también de lata, que intentaban dar respiro hacia el interior de esos mismos edificios, que acogían a cientos de hombres y mujeres que mayormente trabajaban ahí en ese centro de Santiago, de esa mañana gris, gris oscura y a los también no pocos que habían optado por ir a vivir en ese mismo andén que nos aguarda hasta llevar nuestros pasos a otro destino, dentro del plan gubernamental de la remodelación urbana, sujeta a grandes subsidios, cuyos

SEUDONIMO: EL ESPAÑOL

objetivos se habían ido logrando con el tiempo, pero, a costas de inmobiliarias que atraían a las gentes con precios tan módicos, que eran capaces de ofrecer solo un dormitorio y un baño, con cocina americana y su estar, en el mismo espacio, para ganar metros que mirar, metros que no eran otra cosa que un encierro tremendo, pero de concreto armado, a prueba de sismos, dando la sensación o sentimiento, que es casi lo mismo, como la de un perro que solo llega a su casita para guarecerse de la noche y salir corriendo y saltando al despuntar el día, evitando así ese encierro aplastante de dos por dos, de cuatro paredes que te abruma, pero que se te hacen necesarias para dormir, descansar y salir nuevamente a buscar el pan de ese otro día, pero, como ya he dicho, todo de concreto armado y a prueba de sismos.

Sonó el timbre, que desazón, que distracción, en ese día gris. Me sacó de mis cavilaciones, di media vuelta y me dirigí a la puerta a abrir. Era el conserje.

-Don Alfredo, señaló, -aquí le traigo su diario del día.

-Gracias, le respondí, y con un ademán de mi cabeza, que profundizaba aún más mis palabras y mi agradecimiento, procedí a cerrar lentamente la puerta y aquel, a abandonar el dintel de esta, para apuntar su dedo índice hacia el botón del ascensor y regresar a su guarida de trabajo en la recepción minúscula del primer piso.

La prensa traía en sus titulares de ese día, "intenso temporal se desplaza hoy a la zona central". Nada, ni una palabra sobre Juan, gran maestro y profesor de mis tiempos mozos en la Universidad, quién había fallecido el día anterior de un infarto fulminante. Tampoco aparecía en el obituario.

Claro, que razonable, prescindiendo de todas las noticias importantes que venían del mundo entero, el titular era aquel, no podía ser de otra manera y a nadie le importaba un fallecido más o un muerto menos.

Total, era un día gris, muy gris, gris oscuro, con aquellas nubes regordetas, que parecían agradecernos por estar próximas a abrazarnos en un caluroso o frío abrazo, húmedo, que reconfortaría esos largos meses de espera, tan solo para llegar a ese día, un día gris, gris oscuro.

SEUDONIMO: EL ESPAÑOL

Recordé a Rebeca. Ahí estaba, revuelta en las sábanas, con su rostro sonriente y, oí que me decía. -

¿Me traes un café por favor?

FIN